

ante cuyo granito la soberbia
de los nunca vencidos se destroza;
¡allí queda ese campo de pelea
donde hallaron las cruces de Crimea
los cascos del corcel de Zaragoza!

¡Allí quedas, mi Puebla! Y si algún día
arroja el extranjero
el grito de la guerra a tu muralla,
renueva tu osadía,
vibra de nuevo el matador acero,
desata el huracán de la metralla,
fulmina fiero de la muerte el rayo,
y la sangre del campo de batalla
seque aún otra vez la esplendorosa
lumbre de gloria de tu sol de Mayo.

A LOS ALUMNOS DEL COLEGIO DEL ESTADO

(DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS)

Cuando allá en los confines de la Historia,
en la aurora del mundo;
cuando el tiempo era niño todavía
y el *Hágase* fecundo
del Eterno, la gran Naturaleza
sus pompas virginales revestía;
cuando el hombre salvaje
y de pieles cubierto,
vagaba confundido
con las fieras sin nombre del desierto;
cuando tenía que compartir el fruto
del árbol con los pájaros errantes
y disputar al bruto
los restos de su presa, palpitantes;
cuando el sol del estío,
fuego lanzando en la región serena

y calcinando la desnuda arena,
abrasábale impío,
y le azotaba el huracán violento,
y le mojaba gélida la lluvia,
y le punzaba el frío;
cuando en la playa, a solas,
contemplaba con ojos espantados
los mares irritados
alzar bramando sus tremendas olas;
cuando dentro su choza que temblaba
él temblaba también de miedo yerto,
al escuchar el trueno que rodaba
y al ver flamear incierto
el relámpago pálido, alumbrando
la pavorosa noche del desierto;
cuando ciego y estúpido, infelice,
con fatigado paso
iba el hombre al acaso
y solo en la Creación... solo en la vida,
solo con sus dolores sin medida,
solo con su miseria,
como la bestia doblegada al suelo
por el peso mortal de la materia;
cuando su mente oscura
ciego abortaba el pensamiento vago,
y no daba a sus lágrimas dulzura
de la esperanza el cariñoso halago;
cuando sin ilusiones ni deseo
se arrastraba en el polvo hasta el olvido,
el corazón ateo,
en tiniebla el espíritu perdido,
errante, débil, infeliz y bravo,

entonces, en tal hora,
era Naturaleza la señora,
¡el Hombre... era el esclavo!...

*

Mas hoy que no hay sobre la vasta tierra
ningún poder que su poder resista,
que es para él cada obstáculo una guerra
y entonces cada guerra una conquista;
hoy que el fiero Oceano,
sacudiendo su crin de olas rugientes,
sólo es para el humano
corcel en que cabalga soberano
visitando los anchos continentes;
hoy que da a la palabra
el vuelo del relámpago, y la idea
rápida como el rayo, por el mundo
en las alas del rayo se pasea;
hoy que señala su corriente al río,
que enlaza las montañas,
y las hace escuchar, estremecidas,
el grito del vapor en sus entrañas;
hoy que ya del profundo
abismo de la tierra abrió las puertas,
y ha preguntado a las edades muertas
el génesis del mundo;
hoy que sintiendo en su fecunda mente
del infinito la atracción suprema
arroja al cielo su pensar ardiente,
deja atrás la región de las centellas
y navega, burbuja inteligente,
en el mar sin confin de las estrellas;
hoy que su alma ideal, chispa sagrada
por el Dios encendida,
no cabe en el instante de la vida,
y despreciando la mezquina nada
no ve en la tumba abierta
al paso del proscrito
más que la oscura puerta
que conduce a otro mundo... el infinito;

hoy que encierra saber su pensamiento,
amor su corazón, fe su conciencia,
que tierra y firmamento
alumbra con su ciencia,
y que a sus plantas el error enclava
y que le acerca a Dios su inteligencia,
¡el Hombre es rey... Naturaleza, esclava!

*

El hombre es rey. La Creación hermosa
como una lira melodiosa y blanda
como una virgen al amor rendida
le rodea cariñosa,
y le brinda en su seno, voluptuosa,
la copa del misterio de la vida.
La copa del saber en que se esconde
del Creador el secreto soberano,
y cuyo néctar al tocar el labio,
hace un hijo de Dios del ser humano.
Que la Ciencia, centella desprendida
de la inmensa mirada del Eterno,
y en el humano espíritu caída,
desde la triste sombra de este suelo
rasgando la tiniebla de la vida
le alumbra el mundo y le señala el cielo.

Tú eres, Ciencia, del mundo la señora,
¡para ti los laureles y las palmas,
y los himnos del arpa vibradora
y el culto de las almas!
¡Para ti los perfumes y las flores,
para ti lo mejor de la existencia...
si sólo vive el corazón de amores
sólo vive el espíritu de ciencia!

*

¡ Oh grata Juventud! Alma de aurora
 que vibra estremecida
 a los primeros soplos de la vida;
 dulce generación en Primavera,
 a quien deslumbra el esplendor del día,
 en quien derrama la ilusión primera,
 como una lluvia matinal de flores,
 la inefable pasión de los amores,
 la esperanza, la dicha, la poesía
 y todos los ensueños seductores
 de la mágica edad de la alegría;
 Juventud, porvenir que se levanta,
 sangre que hierve, corazón que late,
 guerrera que se apresta
 segura de los triunfos al combate;
 sacerdotisa eterna de la idea
 que en la ara de la Ciencia,
 a la diosa Verdad, en holocausto,
 consagras lo mejor de la existencia;
 hermosa Juventud, ¡ alzate grande!
 ¡ Alcanza las conquistas del talento,
 y vuelve a la verdad tu pensamiento
 como el soberbio cóndoro del Ande
 al espléndido sol del firmamento!

EN LA EXPOSICION INDUSTRIAL DE PUEBLA

VELADA ARTÍSTICO-LITERARIA
 DEDICADA AL GENERAL ULISES GRANT

I

Hay un artista: ¡ Dios! Tendió su cielo
 y, cual polvo traído de sus huellas,
 derramó en los espacios infinitos
 un reguero de mundos: las estrellas.

Habló, dijo: ¡ la luz! y la sonora
 voz que la inmensidad estremecía,
 del caos huyendo desprendió la aurora
 y de la aurora desprendióse el día.

El día, la vasta luz, el torbellino
 de átomos de oro que al tender su vuelo
 por los campos del éter cristalino
 encienden con su polvo diamantino
 el esplendor magnífico del cielo.
 El día, pompa del sol, regió atavío,
 beso de luz que deja en las corolas
 el trémulo diamante del rocío,
 y chispeando en la cresta de las olas
 tiende un collar de soles en el río.
 El día que viste de esplendor la tierra,
 de iris la flor, de púrpura el celaje,
 y en penachos de perlas desparrama
 las olas del Atlántico salvaje.
 El día que enciende con su llama de oro,
 de la ancha tierra el perfume inmenso
 para que suba al Dios de las alturas
 entre música, flores mil y aromas
 el himno universal de las criaturas.

*

A la espléndida luz del primer día
la tierra, que de amor se estremecía,
desplegó sus soberbios horizontes,
puso en calma sus mares turbulentos,
hundió sus valles, levantó sus montes,
hizo soplar suavísimos los vientos,
cargados de perfumes y rumores,
y al extender del bosque la espesura,
pobló la soledad de la llanura
con torrentes y pájaros y flores.

Y en medio de esta luz, de esta armonía,
de este nido de amor, de este embeleso,
el hombre despertóse acariciado
por el fuego nupcial del primer beso.

Abrió sus ojos, y el divino rayo
del sol que aparecía,
ante sus ojos, se veló un instante,
que más bella que el mundo que nacía,
más esplendente que la luz del día
era la imagen que tenía delante.

Eva, la flor de Dios, la seductora
creación del primer sueño, la doncella
formada en el regazo de la aurora
para sus bodas con Adán, aquella
que ya en el Paraíso tentadora
cuando apenas nacía,
rival de Dios después sobre la tierra
en el alma del hombre se alzaría.

Adán creía. Los cielos asombrados
con Dios a solas conversar le oyeron
del Edén en los huertos perfumados,

y en torno de él para guardarle vieron
la legión de los ángeles alados.
Creía Adán; pero olvidó un instante
la cara de su Dios, y en su locura
de Eva al mirar bellissimo el semblante
se arrodilló temblando y palpitante
ante el divino sol de la hermosura.

Sintió en su alma otro Dios, desconocido,
pero hermoso también, también supremo,
también Creador y grande sin medida,
al Dios-Amor incontrastable y fuerte,
y al presentirle idolatró la vida,
y por gozarle desdeñó la muerte.

Amó, y su pecho se bañó en ternura,
y desbordó en su labio la dulzura
de Eva al decir el delicioso nombre;
ciñó su talle con gentil abrazo,
reclinó la cabeza en su regazo
y olvidado de Dios, quiso ser hombre.

Y Dios celoso le arrojó irritado
del profanado Edén sobre la tierra,
de la hermosa mujer acompañado;
le arrojó a la expiación y a la guerra
con todo lo creado.

Y el hombre se encontró desconocido
en la vasta Creación; ángel caído
ausente de su Dios, por un instante
en los umbrales del Edén perdido
quizá lloró, quemando fugitiva
la lágrima primera su semblante;
¡mas luego irguióse su cabeza altiva,
lanzó el remoto cielo una mirada,
abarcó luego la desierta tierra,
y al sentir en su mente el pensamiento,
en su brazo el vigor, y el ardimiento
en su gigante corazón, lanzóse
contra la hostil Naturaleza en guerra!

II

Y de entonces acá, siglo tras siglo,
infatigable luchador el hombre
viene escribiendo su triunfal nombre
en el libro inmortal de las edades.
Humilló de las fieras la bravura,
con su trabajo fecundó la tierra
y tapizó de mieses la llanura.
Derramó en el desierto las ciudades,
dominó con sus torres el espacio
y levantó, soberbio, su palacio
junto al templo erigido a sus deidades.

En vano el mar, rugiendo de coraje
al sentir en su espalda la barquilla,
su crin de espuma sacudió salvaje
y reventó su turbulento oleaje
en las quietas arenas de la orilla.
Presintiendo del hombre el poderío
en su contra llamó las tempestades,
hizo rodar el trueno en el vacío,
abrió en la inmensidad sus soledades
de hondo misterio y de terror sombrío...
todo en vano...

¿No veis allá a lo lejos
sobre las olas de rizada espuma,
del magnífico sol a los reflejos,
tenderse al aire cual gallarda pluma,
blanco penacho de indecisa bruma?...
¡Es el vapor! Su pabellón de gloria
protege al hobbre sobre el mar perdido;
la inmensidad, el huracán, el trueno,
la tempestad flamígera, han huido...
dragones de la mar ya no la guardan;
el mar está vencido.

Vencido está como lo está la tierra,
cuyas entrañas al trabajo abiertas

prodigan el tesoro
inagotable de sus venas de oro,
y en cuyos senos el saber profundo
ha hecho decir a las edades muertas
el misterioso génesis del mundo.
Vencido, como está Naturaleza
a quien arranca diligente el sabio
secretos de poder y de grandeza...

¿Qué es esa chispa que en la nube oscura
con ímpetu violento
lanza el trueno, y fulgura y centellea?
En el cielo es el rayo, entre los hombres
es el dócil corcel del pensamiento
y lleva en su relámpago la idea.

¡Tú eres, Ciencia, del mundo la señora!
¿Cómo no dominar las tempestades,
la centella y el piélagos bravío,
cuando al sol detuviste en su carrera,
y fijándote allí tu poderío
arrojaste a la tierra triunfadora
a trazar voladora
su curva gigantesca en el vacío?...

¡Oh, Ciencia, eres grandeza!
por ti, sólo por ti, pudiera el hombre
levantando orgulloso la cabeza
llamarse hijo de Dios. Tú eres la llama
que nuestro frágil ser inmortaliza,
y transformando en sacerdote al hombre
y en templo la Creación le diviniza.

Tú eres vida inmortal. Contigo el Arte
crece y vive también. ¿No ha transformado
la tienda que las tribus vagabundas
alzaban del desierto en las arenas
y las rústicas aras pastorales,
en los sagrados pórticos de Atenas
y de Cristo en las santas catedrales?

¿No del cincel a los prodigios raros
bajar hizo a los griegos pedestales
los magníficos dioses del Olimpo
a dar vida a los mármoles de Paros?...

¡El Arte es genio, inspiración, grandeza!
El mismo Dios le teje sus coronas...
¡El Arte es Rafael robando al cielo
el rostro angelical de sus madonas!
¡Es Miguel Angel arrancando al suelo
ancha mole de pórfido y granito,
y arrojando, pujante,
de San Pedro la cúpula gigante
a la región azul del infinito!

El Arte es esa Italia de Rossini,
inundando la tierra de armonía,
es el cisne de Pésaro exhalando
en un himno del cielo su agonía:
es Angela, nuestra Angela llevando
en el canoro y musical gorjeo
de su dulce garganta mexicana,
el espléndido alcázar europeo
el trino de la alondra americana.

.....

¡Y en tanto que la Ciencia es la grandeza
del hombre, hijo de Dios; mientras el Arte
derrama el esplendor de la belleza
en las obras del genio, y se levanta
rival de la gentil Naturaleza,
he aquí la Industria que también se acerca
al festín de la Gloria y la Conquista,
y el himno hermoso de los triunfos canta!

¡Gloria al sabio inmortal, gloria al artista!
pero gloria también al artesano,
trabajador fecundo
que lleva humilde en su callosa mano

algo también del porvenir del mundo.
Gloria al obrero, al hombre del trabajo,
al hijo del taller, al que constante,
en su obra de adelanto redentora,
quizá del mundo ante la faz mañana
alto, muy alto con su afán levante
el nombre de esta tierra mexicana.

III

Patria, nido de amor, grupo de flores,
que besa el sol y que enamora el día,
santuario de la fe de mis mayores,
tierra de la beldad y los amores,
e incomparable amor del alma mía;
hogar del corazón, patria del alma.
México la gentil, virgen azteca,
como Venus nacida de las olas,
envuelta como Venus en la espuma,
y robada al amor de Moctezuma
por las audaces manos españolas;
tierra del Anahuac, huerto florido
que en el edén de América descuellas
con tu cielo de azul y de arboles,
donde brillan tan fúlgidos los soles
y tiemblan tan amantes las estrellas;
tierra de promisión tan seductora
con tus bosques, tus lagos, tus vergeles,
tus montes de oro, tu tapiz de rosas;
y tus sabios, tus poetas y guerreros,
y tus hijas con ojos de luceros
que parecen mujeres y son diosas;
Patria del corazón, quiero que te amen
así cual te amo yo, cuantos te miren;
¡quiero que bella sin rival te llamen
y grande te respeten y te admiren!

He aquí un huésped ilustre. Viene amigo
un pueblo a visitar, un pueblo hermano

que de su gloria y su valor testigo,
al saludarle con aplauso ufano
no mira en él al grande presidente
sino al gran ciudadano,
al brazo varonil, fuerte y potente
que más allá del turbulento Bravo
hizo pedazos con terrible espada
la afrentosa cadena del esclavo.

¡ Salud al redentor del oprimido,
y salud a la América potente,
rival de Europa tras los anchos mares,
a la tierra de Hidalgo y de Bolívar
de Wáshington, de Lincoln y de Juárez!

¡ Que de la Unión en el extenso cielo
brillen siempre gloriosas sus estrellas;
y el águila soberbia mexicana
independiente, libre, soberana,
vuele tan alto como brillan ellas!

¡ Que multiplique América sus grandes
y le prodigue el porvenir coronas,
mientras alcen su cúspide los Andes
y ruede su cristal el Amazonas!

¡ Que grande, bello, espléndido, fecundo
levante Dios con su potente mano
de las playas de luz americanas,
para alumbrar la libertad del mundo,
el sol de las Repúblicas hermanas!

PINTURA AL PASTEL

¡ Lástima que en verdad no sea de Lola
la cara angelical que lleva puesta!
Pero es suya no más porque le cuesta,
como dice el soneto de Argensola.

Agréguese a esto la tremenda cola,
el alto puff, la enmarañada cresta,
y dígame cualquiera si no es ésta
una muchacha que se *pinta sola*.

Mancha ninguna su beldad empaña;
mas yo, aunque dicen que por ella muero,
no la quisiera ver cuando se baña;

y sólo pide a Dios mi amor sincero
que el viento no se lleve su castaña,
ni le caiga en el rostro un aguacero.

EN EL ALBUM DE PEPE

¿ La amaste?... Pues olvídala. Esta vida
de bienes duraderos tan escasa,
amando y olvidando se nos pasa
y cuando más se vive más se olvida.

Una pasión es fiebre que, homicida,
se nos mete cual Pedro por su casa
dentro del corazón, y nos abrasa...
No hay, pues, que dar a la pasión cabida.

La mujer es un ángel, no lo niego;
pero, Pepe, la Biblia es testimonio
de que la echaron del Paraíso luego:

estaba en relación con el Demonio,
y, como no han *quebrado*, a pensar llego
que ya hasta contrajeron matrimonio.

JUANITA

Mirad a Juana; su cintura es leve,
blanquísima su frente sin mancilla,
y envidiará el carmín de su mejilla
la fresca rosa que Favonio mueve.

¿Quién temerario a resistir se atreve
el dulce fuego que en sus ojos brilla?
¿Quién temblando de amor no se arrodilla
y besa el polvo de su planta breve?

Todo cuanto Natura en esta tierra
ha prodigado a la belleza humana,
en Juanita no hay duda que se encierra;

mas ¡ay! que esa beldad tan soberana,
queriendo escribir *guerra* pone *gera*,
y firma al pie de sus cartitas: *Guana*.

EN UN EJEMPLAR DE LA «DIVINA COMEDIA»

La «Divina Comedia» es el poema
de ese mundo escondido en la secreta
sombra del corazón, infierno y cielo,
pecado y expiación, perdón y calma;
y Dante es sólo el hombre hecho poeta
errante en los abismos de su alma.

A LA SOCIEDAD LITERRIA

«RODRIGUEZ GALVAN»

¡ Oyeme, Juventud!

Callo en mi labio
el himno de alabanza,
y abro mi corazón, en donde guardo
la voz de la amistad y la confianza.

Me llamaste a tu seno, y he venido
pobre de lo que esperas;
mas si jamás talento he poseído,
aun guarda el corazón envejecido
algo de sus lejanas primaveras.

Aun el fuego divino
que enciende en esa edad la fantasía
y alumbra el pensamiento,
como alumbra el inmenso firmamento
el rayo de oro del naciente día;
aun ese fuego deja
la última de sus chispas encendidas
dentro de un corazón que ya se aleja
de los confines de la edad florida,
dentro de un corazón que va enfriando
las nieblas de la tarde de la vida.

Esa chispa se aviva, y a su fuego
el ánimo se inquieta,
y yo su impulso irresistible sigo,
trayendo, más que el canto del poeta,
la mano cariñosa del amigo.

Deja, pues, que en las cuerdas silenciosas
del arpa abandonada